

Las voces del Imperio. Sobre la semántica de la justicia y del derecho a la guerra

Marta RODRÍGUEZ FOUZ

Dpto. de Sociología
Universidad Pública de Navarra
marta.rodriguez@unavarra.es

RESUMEN

Se trata de reflexionar sobre la influencia de la lógica imperial en los nuevos discursos belicistas. Y de pensar en cómo se justifica ante la opinión pública internacional la declaración de «guerra contra el terrorismo» (materializada, de momento, en los episodios de Afganistán e Irak) desde la clave interpretativa de los Estados Unidos como un Imperio político, económico, cultural y militar, que disimula su condición acudiendo a la semántica de la justicia y la democracia. Así, la atención está centrada en analizar «las voces del Imperio», que aparecerán revestidas de un determinado discurso (el que apela al respeto de los derechos humanos ganados a lo largo de la historia) que no deja ver con facilidad ni la violencia implícita en la consigna de imponer la «democracia» ni el doble juego de intereses materiales y políticos que asoman bajo el desigmo del imperativo moral de «extender el bien» allá donde las virtudes democráticas «aún» no hayan triunfado.

Palabras clave: Neo-imperialismo, intervención humanitaria, democratización, guerra contra el terrorismo, gobernabilidad mundial, Al Qaeda, Saddam Hussein, Bush, 11-S.

Empire's voices. On the semantics of Justice and the Right of War

ABSTRACT

This paper reflects upon the influence an imperialistic logic may have on recent pro-war discourses. It starts from the assumption that the USA is a political, economic, cultural and military empire that hides its condition, before the world public opinion, by means of justifying and disguising its call for a «war on terror» (materialised, for the time being, in the Afghanistan and Irak episodes) under a semantic that abuses the concepts of justice and democracy. It focuses in analysing «the voices of empire», whose discourse appeals to the universality of the historically hard-won human rights. This makes difficult to grasp the implicit violence under the aim of imposing «democracy», or the double set of material and political interests that lurk under the imperative moral purpose of «extending right» to those places where democratic virtues have not prevailed «yet».

Key words: Neo-imperialism, humanitarian intervention, democratization, war on terror, world governance, Al Qaeda, Saddam Hussein, Bush, 11-S.

SUMARIO: Introducción; I. ¿Una democracia imperial?; II. Voces —la palabra; la frase; el discurso—.

INTRODUCCIÓN

¿De qué hablamos cuando hablamos de la justicia y de la legitimidad de una guerra? ¿Qué cuestiones se convocan cuando se remite al ordenamiento legal para justificar una intervención violenta en determinado territorio? ¿Qué significa la democratización del mundo como tarea urgente del presente? Y todo ello, ¿qué tiene que ver con las alusiones insistentes de la actualidad a la reedición de una lógica imperialista? ¿Por qué Estados Unidos aparece inequívocamente bajo la aureola de un Imperio? ¿Qué dimensión añade a las palabras como «democracia», «justicia», «ley» ese contexto de un poderío imperial

incontestable? ¿Qué hay de nuevo bajo el sol de la égida norteamericana?

Éstas y otras muchas preguntas abrumarán a quien se disponga a reflexionar sobre las coordenadas políticas del mundo actual. Unas coordenadas que, más allá de referir un orden físico y material que se traduce en cuotas efectivas de poder y en un reparto bastante objetivable de la riqueza, apuntan al dominio del discurso sobre las obligaciones que corresponderían al presente. Así, a la hora de comprender la dinámica del ordenamiento mundial resulta natural recalar en las claves semánticas de dicho discurso, precisando en la medida de lo posible el contexto donde éste se enmarca. Las expresiones

acerca de los imperativos de la actualidad, cargadas últimamente de referencias a la extensión de la democracia, muestran un panorama político novedoso en sus formas pero familiar en su núcleo interno que puede permitir un análisis sustantivo de nuestro mundo tal como viene configurándose en estos últimos años, tras el punto de inflexión que supuso, para los ojos occidentales, el éxito sin precedentes del terrorismo de Al Qaeda en Nueva York y Washington. Ante la reacción de la todopoderosa Norteamérica volvemos a reconocer la faz de un imperialismo que habla un idioma genuino pero con hondas raíces en una época que parecía histórica e irremisiblemente superada.

El actual revestimiento de las decisiones más o menos unilaterales —o la búsqueda de dicho revestimiento— con la aureola de la aquiescencia internacional sólo viene a añadir una cualidad insospechada a las nuevas prácticas del imperialismo, lo que, en última instancia, invita a detenerse en la consideración del sentido implícito en la lógica verbal de las relaciones interestatales, pues es detrás de esas expresiones que caracterizan el escenario político mundial donde se localiza la auténtica naturaleza de la jerarquía internacional y de la distribución del poder. De hecho, a efectos de calibrar la capacidad decisoria del Imperio, no importa realmente el esfuerzo semántico por recubrir de moralidad universal las decisiones que afectan a la comunidad internacional en conjunto. Sobre todo, teniendo en cuenta que esas vestiduras amables de los imperativos políticos (por muy consignados multilateralmente que estén, dictados unilateralmente) no eliminan el componente imperialista que hay en el propósito de que se asuman unánimemente los principios defendidos por el centro político que representarían los Estados Unidos, como, por otra parte, tampoco provocan un cierre definitivo de los valores del discurso legitimatorio de las acciones. Ni en el plano formal ni, aún menos, en el moral. Analizar las piezas nucleares de ese discurso se convierte así en una tarea decisiva de la interpretación del momento actual, caracterizado, como sabemos, por la pretensión de sellar el futuro con la referencia a una democracia sustantiva extendida a todo el orbe planetario.

Los últimos acontecimientos internacionales, derivados directamente del ataque sufrido por Estados Unidos en setiembre de 2001¹, conjugan una voz perfectamente identificable con las dinámicas de una comprensión imperialista del mundo. Hasta las respuestas enfrentadas a la concepción de los destinos humanos bajo la batuta de la democracia estadounidense acaban participando del lenguaje propiciado por ese diseño del mundo desde un indiscutible poderío unilateral. No en vano, la alternativa que proponen es la de una gobernabilidad del mundo desde instancias de poder más representativas (con el modelo de las Naciones Unidas como referente inexcusable) que obviamente en la práctica sólo alcanzan a ser representativas de una parte mínima de la población mundial pese a que sus decisiones afectarán a todo el conjunto. En cualquier caso, con independencia de las resistencias que despiertan las actuaciones norteamericanas encaminadas a corregir el mundo, la cuestión que me interesa principalmente es la referencia a una misión que les correspondería como titulares del poder mundial. Una referencia que condiciona irremediablemente su discurso, que, con todo, persigue disimular la prepotencia derivada de aceptar esa impopular titularidad sobre los destinos del planeta. Ahí es donde fijaré mi atención tratando de mostrar cómo se articula una realidad semántica que siempre trata de serpentear hábilmente para sortear los abismos con los que la memoria histórica ha jalonado irremediablemente el camino hacia el cumplimiento de cualquier sueño de omnipotencia.

El latigazo de la historia, restallado en esta ocasión desde el fundamentalismo islámico, ha herido el optimismo de un Occidente satisfecho ante la gobernabilidad del mundo estrenada en el 89, cuando cayó el muro de Berlín y se dismanteló el espejismo del poder polarizador soviético. La «apertura» del Este al capitalismo feroz del Oeste con el derrumbe simultáneo de la política de bloques parecía convertir en un anacronismo la imagen del planeta dividido por la tensión entre dos modelos de organización de la vida colectiva. Y hacía innecesaria la «carrera» para mantener un equilibrio pacificador en la progresiva capacidad de intimidación y destrucción

¹ Las coordenadas del atentado pueden verse en Stefan AUST y Cordt SCHNIBBEN (2002).

que se desplegó durante ese periodo que conocemos como «Guerra Fría». Con la Unión Soviética, víctima, entre otras causas, de su ambición armamentística y de la tiránica gestión de sus recursos, caía igualmente el rival que invitaba a refrenar la expresión unánime de una voluntad unilateral que dictaría los designios del mundo: aquella que, hoy en día, golpeada por la energía nihilista del terrorismo islámico², y contestada por una cierta opinión pública impotente, se manifiesta sobre el papel como el propósito de «imponer» la democracia allá donde la sociedad civil haya sido incapaz de instaurarla.

Lo que alguno ha llamado «la tentación del bien» (Todorov 2000), resurge con bríos renovados ante la identificación inequívoca de un enemigo con los atributos ostentosos del mal más radical: el terror, desenvainado como argumento, arma las conciencias de los intimidados y suscita un clamor monocorde para combatirlo. Resulta sencillo coincidir en el grito: ¡guerra al terrorismo! ¿Cómo no? Los matices se cubren de sospecha y la causa que aglutina todas las voluntades en una única voz, la que maldice el terrorismo, facilita la consigna que persigue un objetivo tan concreto y tan abstracto como el que se perfila al querer combatir el miedo al terror, personificándolo puntualmente, y como parece exigir el modelo común de atribución de responsabilidades, en Osama Bin Laden o en Sadam Hussein. Sin embargo, es precisamente en los matices que exige ese lema de la guerra contra el terrorismo donde, como veremos, puede empezar a localizarse la estrategia impositiva de un Imperio que, con todo, conjuga su misión histórica en términos amables pese a que no logra ocultar los efectos dramáticos del recurso a la fuerza que requiere toda guerra.

Se trata, ahora, de restaurar lo irrestaurable, esto es, la sensación de invulnerabilidad anterior al ataque de Al Qaeda, la seguridad de un poder tan fantástico que la misma idea de ser atacados aparezca como una pesadilla absurda que nunca se materializará³. Y en esa batida, alentada a todas luces por un objetivo imposible, la estrategia intimidatoria ha dado, no obstante, ciertos frutos que, eso sí, no pueden contribuir a restablecer la impresión de habitar una nación inexpugnable. Unos frutos que se han cosechado en especial en la esfera de la opinión pública norteamericana, traumatizada desde el 11-S y dispuesta, por ejemplo, a dar el sí al sacrificio de determinadas libertades civiles para contribuir al cerco a los terroristas y a su derrota⁴. El ejercicio lingüístico, en este caso, consiste en establecer una relación directa entre la lucha contra el terror y la renuncia a unos derechos que aparecen como secundarios a la luz de las nuevas urgencias, sin que tenga la menor importancia la demostración empírica de la eficacia de esas medidas restrictivas. El efecto balsámico que en un momento dado, en especial durante las fechas más cercanas a los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono, y para la ciudadanía media estadounidense, pudieron tener la detención de numerosos sospechosos de terrorismo, saltándose toda clase de cautela hacia los ciudadanos de origen árabe, o la derrota del régimen talibán afgano que había dado refugio a Osama Bin Laden, apenas puede contar con alguna prueba fehaciente de haber contribuido a combatir al enemigo terrorista. Y por lo tanto, tampoco puede servir para justificar esa identificación entre la eficacia antiterrorista y la renuncia formal a numerosos derechos civiles que principalmente tienen que

² Es André Glucksmann quien insiste en ese talante nihilista de los terroristas islámicos y saca consecuencias globales de la irrupción histórica de un nuevo nihilismo dispuesto a arriesgarlo todo porque sus referentes vitales están más allá de este mundo. Puede verse, sobre todo, GLUCKSMANN (2002) y también GLUCKSMANN (2003: 155-189).

³ En cierta medida, esa seguridad, apoyada en la circunstancia histórica de que hasta el 11-S, Estados Unidos nunca había sido atacado en su territorio, únicamente emergió con la caída de la URSS. Hasta entonces la amenaza de un ataque nuclear se cernió de continuo sobre el ánimo estadounidense con crisis puntuales que la hacían más probable (la crisis de los misiles de Cuba, por ejemplo) y derivaban en crecientes inversiones en Defensa. Es decir, sólo la última década puede identificarse inequívocamente en clave de un sentimiento extendido de seguridad. Con los matices, nada insignificantes pero aplicados principalmente a otras dimensiones de la sociedad distintas a la militar, que añadió en su día el extendido concepto de «sociedad del riesgo» (BECK 1986). Por lo demás, no es casualidad que se hayan identificado esos años como «los felices noventa» (LAMO DE ESPINOSA 2004: 39-43).

⁴ La expresión más directa e inmediata de esa disposición cívica, pero también política e institucional, para facilitar la persecución de los terroristas puede considerarse la aprobación por mayoría absoluta en el Senado (sólo un senador demócrata se opuso) y justo después del 11-S de la ley *USA Patriot*, que «otorga al gobierno una libertad sin precedentes para recabar información sin apenas tener en cuenta los derechos civiles o la intimidad» (MOORE 2003: 117 y ss.). La prensa de aquellas jornadas convulsas recoge asimismo los movimientos legales de la determinación norteamericana para asegurarse «manos libres» y plenos poderes a la hora de tomar medidas contra el terrorismo.

ver con la libertad de expresión, la salvaguarda de la intimidad y las garantías procesales ante una eventual detención⁵.

De todos modos, como más de uno viene sospechando, la batalla ha dejado de tener que ver con el preciso pero inabarcable lema de «guerra al terrorismo» para pasar a convocar unos intereses más oscuros que nunca comparecerán en el discurso público de los dirigentes del mundo y que son justamente los que afloran en cuanto se empiezan a interpretar las dinámicas bélicas actuales en la clave de un imperialismo naturalmente soterrado y nada dispuesto a confesar el doble juego entre el discurso por un lado y las prácticas de poder por el otro. Semejante desplazamiento de los significados del discurso público testimonia, obviamente, sobre el cinismo de las clases directoras pero también sobre las exigencias morales de la humanidad que, a fin de cuentas, obligan a argumentar éticamente unas decisiones que en el fondo son puramente estratégicas y que pueden reconocerse como tales en cuanto se profundiza en las consecuencias materiales (en las ventajas económicas y geopolíticas) derivadas de actuar de determinado modo; en el terreno que nos ocupa, por ejemplo, invadiendo Irak o bombardeando Afganistán.

Bajo esta certeza, que reedita la versión menos sutil del concepto de ideología (aquella que la identifica como falsa conciencia que promueve y perpetúa inconscientemente un orden injusto)⁶, se hace necesario un análisis algo pausado de lo que he denominado «las voces del Imperio». Se trata de indagar en el significado de esas voces que inequívocamente señalan un horizonte de dominio estadounidense del mundo (con la connivencia formal de la ONU) y que mantienen un protagonismo inexcusable en la medida en que tienen que dirigirse a una opinión pública global que forma parte del mismo sistema democrático que lleva la voz cantante. Detenerse, por ejemplo, en la semántica que ha manejado la administración republicana de George W. Bush para justificar su ataque contra la soberanía iraquí puede permitir reflexionar sobre la capacidad de las palabras para generar una realidad que casi siempre resulta más turbia que la que anticiparon las promesas libe-

radoras o el insaciable sueño de un mundo mejor. En cualquier caso, se antepone una primera exigencia en esta indagación: la atención a la solicitud de las razones que permiten atribuir a los Estados Unidos la etiqueta de Imperio.

A partir de ahí, una vez especificados los rasgos que permiten identificar la posición de predominio estadounidense como imperialista, entraremos a considerar las condiciones del discurso universalista promovido por la administración norteamericana y su especial lenguaje, que viene tratando de transformar a la democracia en el elemento fundamental de una nueva cruzada, camuflada en esta ocasión como designio de la justicia humana. Esta segunda indagación que supone el núcleo del presente artículo, pues no en vano cuando se designa a Estados Unidos como Imperio se acude a unos rasgos bien fáciles de contrastar y suficientemente aceptados, se organizará, por lo demás, en un apartado que he dividido atendiendo a mi mayor interés por analizar la dimensión discursiva del *neoimperialismo*. Así, me detendré en las diversas expresiones verbales que compondrían la realidad textual del presente momento histórico, tanto literalmente como de manera implícita: la palabra, la frase y el discurso. Cada una de estas divisiones servirá como elemento de cohesión para pensar globalmente en las prácticas de una democracia que no puede dejar de contar con la participación, más o menos masiva pero igualmente legitimadora, de las respectivas opiniones públicas. La importancia de la comunicación política en el seno de cada una de las democracias, incluida obviamente la estadounidense, aparece como telón de fondo del nuevo estilo imperialista que, a fin de cuentas, encara la dificultad de convencer a la ciudadanía de la justicia de sus acciones, tomados en representación, al menos sobre el papel y formalmente, de una voluntad común que se habría expresado electoralmente.

I. ¿UNA DEMOCRACIA IMPERIAL?

La pregunta es bien precisa: ¿por qué la democracia estadounidense aparece a los ojos del ciudadano medio europeo y de la práctica totalidad

⁵ Pensemos en los presos de Guantánamo, atrapados en un limbo legal que permite impunemente su reclusión sin considerarlos ni delincuentes (asistidos por el derecho a un juicio penal) ni prisioneros de guerra (protegidos por la Convención de Ginebra).

⁶ Sobre las diversas interpretaciones del concepto de ideología pueden consultarse las conferencias de Paul RICOEUR (1986).

del planeta como imperialista? Esa designación, que suele atribuirse a quienes mantienen una oposición crítica con el papel de los Estados Unidos de América en el mundo actual, remite a una serie de datos objetivos que permiten salvar la acusación de estar interpretando ideológicamente las coordenadas del panorama internacional, aunque, y tampoco hay que menospreciar este hecho, junto a la indicación sobre la supremacía del Imperio Norteamericano en los planos económico, político, cultural y militar, que son los más directamente susceptibles de una evaluación objetiva, conjuga igualmente una resistencia crítica a dicho estado de cosas. Es decir, no se puede pasar por alto que el apelativo de «imperialista» responde a un espíritu crítico que no sólo designa, sino que denuncia una situación que, dada la anterior experiencia imperialista y una vez asentado legalmente el derecho de cada nación a su propia soberanía y reconocidas internacionalmente las perversiones del viejo colonialismo y la dignidad de todos y cada uno de los pueblos, únicamente debería provocar el rechazo y la oposición del conjunto de la humanidad. Incluida la ciudadanía norteamericana que, significativamente, se muestra aturdida, sorprendida y molesta ante la acusación de formar parte de una nación volcada en el fortalecimiento de su grandeza imperial.

En cualquier caso, una cuestión es el aviso de concordar con una valoración de tinte político (como podría ser la oposición al imperialismo estadounidense) y otra bien distinta es la obligación de suspender el análisis desde dicha clave por el riesgo de caer en una lectura sesgada ante la animadversión personal hacia cualquier tipo de práctica imperialista. Aquí se trata de ponderar una realidad que en la misma medida en la que es fruto de la resolución de determinados hombres, instituciones y estructuras admite la intromisión del pensamiento crítico que imagina alternativas e inventa posibilidades más amables para la historia, por mucho que ésta acabe frecuentemente defraudando todas las expectativas de construir un mundo menos furibundo y más equitativo. En otras palabras, se trata de aprovechar al máximo el valor de las palabras para contar nuestros fracasos y especificar el verdadero

alcance de nuestras derrotas, mucho más hirientes desde que la humanidad decidió aceptar la idea de que pudiera llegar a ser el sujeto consciente de su propia historia.

La referencia al poder imperial de los Estados Unidos de América puede remitir a diversas dimensiones que, como he dicho, son más o menos susceptibles de una contrastación empírica y que dibujan el complejo entramado que estructura todos los órdenes sociales, tanto en el interior de cada Estado como en las relaciones entre éstos. Obviamente estamos hablando de las dimensiones económica, militar, cultural y política que permiten desbrozar analíticamente la realidad empírica de cada nación. Como cabe suponer no es éste el lugar ni tengo el ingente propósito de evaluar la situación de Estados Unidos en cada uno de esos planos, pero sí resulta oportuno incidir, apoyándose en referencias de autores que han estudiado con mayor detenimiento los intereses y las prácticas históricas del imperialismo norteamericano⁷, en las circunstancias genéricas que marcan su posición mundial en dichos planos. Se trataría de una primera toma de contacto con esas circunstancias, que, por lo demás, no chocan en absoluto con nuestro conocimiento general y nuestra experiencia como ciudadanos occidentales testigos de los movimientos (aunque no de los entresijos que los impulsan) de las diversas administraciones norteamericanas.

La cuestión que se plantea es inmediata y se abre en múltiples direcciones, tantas como los planos relevantes ya señalados: ¿podemos considerar a Estados Unidos un Imperio?; ¿un Imperio económico?, ¿un Imperio cultural?, ¿un Imperio militar?, y, sobre todo, ¿un Imperio político? Vayamos por partes aunque, en mi opinión, una respuesta negativa en alguna de estas dimensiones no alcanzaría para discutir la premisa fundamental que nos depara el actual panorama mundial, esto es, el carácter imperialista de la potencia estadounidense. Un carácter que, a la sazón, vertebró todas mis reflexiones sobre la particular semántica de esta nueva clase de Imperio, que se obstina, contra la práctica habitual de otros Imperios históricos, en ocultar las auténticas dimensiones de su zona de

⁷ Puede verse, entre otros, CHOMSKY (2001, 2003), VIDAL (2002), MAILER (2003), MOORE (2003). Más allá de las reflexiones propiciadas por los atentados de Al Qaeda, resultan especialmente pertinentes BARNET (1972) o GALEANO (1980).

dominio despótico⁸. Algo que, por lo demás, también hace más oportuna la revisión crítica de los mensajes cifrados en la clave reciente de la guerra contra el terrorismo y en la menos novedosa de extender la libertad al resto del planeta.

Si hay, con todo, una pequeña posibilidad de discutir la atribución del calificativo «imperialista» a la nación estadounidense: la que viene de la consideración de que la propia nación estuviese en realidad en manos de determinados grupos de poder que gestionarían las decisiones políticas y militares y que, persiguiendo insaciablemente el beneficio económico de un número concreto e identificable de ciudadanos enriquecidos, estaría convirtiendo la maquinaria del Estado más poderoso del planeta (en términos militares) en la herramienta más eficaz para sus indecentes ambiciones empresariales. Sin embargo, aunque numerosas voces han levantado acta de acusación contra estas prácticas (de un modo más enconado a raíz de la dudosa victoria electoral de George W. Bush, que algunos consideran abiertamente una derrota)⁹, el efecto histórico en el mapa mundial es el mismo con independencia de quién maneje los hilos de la todopoderosa Norteamérica. En otras palabras, el carácter imperialista de Estados Unidos no tiene por qué obedecer a una vocación imperialista de su pueblo (como podría parecer exigible dado que se trata de una democracia) sino a los efectos materiales y simbólicos de su participación en la política internacional. Y ahí, la posibilidad de que una nación esté marchando subrepticamente contra la voluntad moral de su ciudadanía apenas tiene otra relevancia que la constatación de un desajuste, grave para la democracia pero insignificante para el papel histórico que desempeña de facto en el mundo.

Con todo, incluso los matices que podría obligar a introducir el apunte de un apropiamiento particular (por parte de determinados oligopolios)

de la administración democrática de Estados Unidos (algo, por lo demás, nada sorprendente), no alcanzan a decir nada contra el espíritu civilizador, suficientemente expresado a lo largo de las últimas décadas, de la República Norteamericana¹⁰. En esa trama es muy sencillo reconocer el perfil de una ambición que ya apaciguó numerosas conciencias durante los siglos de colonialismo feroz que protagonizaron nuestros antepasados europeos con una eficacia brutal y que se vislumbra, una vez más, bajo el lema de la imposición del bien, directamente vinculado con la aceptación generalizada del derecho a corregir destinos ajenos¹¹. La carga de violencia necesaria para ese despliegue civilizador aparece ahora, ante la dignificación de los seres humanos conquistada formalmente tras siglos de negación de la naturaleza humana a buena parte de la humanidad, como un coste excesivo que la moralidad occidental no podría estar dispuesta a admitir. De ahí la presencia actual de atenuantes que o bien ocultan los efectos más dañinos (en términos de sufrimiento humano) de la intervención «civilizadora» en determinados territorios del planeta o bien, ante la indiscutible evidencia de las consecuencias materiales más nefastas, aplican una fórmula que subraya los beneficios y convierte en positivo el cómputo global del uso ¿ocasional? de la fuerza. Sea como fuere, el hecho es que la vocación estadounidense por convertir en universales las virtudes de su modelo de vida (que incluye, evidentemente, el capitalismo como rector de todo el sistema económico y un conservadurismo que encarna valores familiares y culturales muy marcados) se expresa consecuentemente en un imperialismo con tendencia a ignorar las particulares miserias de su sentido de la justicia o de su idea de libertad, y sobre todo, muy poco dispuesto a reconocer la violencia implícita en el mismo hecho de perseguir esa extensión ilimitada de su *way of life*.

⁸ Pensemos en las ambiciones expansivas no disimuladas de un Hitler o un Napoleón, o en el orgullo por las dimensiones alcanzadas por el propio Imperio en los casos de Gran Bretaña, España, Portugal o Francia. O también en el Imperio romano, en el persa, en el otomano, en la China Imperial... como ejemplos de diferentes modelos imperiales que no ocultaban la grandiosidad de sus territorios y las extraordinarias dimensiones de sus dominios.

⁹ Vid. VIDAL (2002: 11-15), MOORE (2001: 23-50) o la película documental de éste *Fahrenheit 9/11* (2004).

¹⁰ Así denomina Gore VIDAL (2002: 113 y *passim*) a los Estados Unidos, oponiendo la idea de Imperio a la de la República y reclamando para su país la recuperación de su tradicional carácter republicano.

¹¹ Pueden verse los discursos de Francisco de VITORIA (1539) y de Bartolomé DE LAS CASAS (1542) como reacción ante las prácticas imperialistas europeas que, así, quedan retratadas en su propósito de dominar a los bárbaros infrahumanos y herejes que habitaban el nuevo continente. También resulta interesante el texto clásico de Benjamin CONSTANT (1814), ubicado en el contexto del imperialismo napoleónico contra el que éste reacciona.

No se trata, por lo demás, de entrar a debatir las cualidades de tal o cual modo de organizar la vida colectiva¹², ni de considerar el valor inalienable de las diversas existencias individuales, y sí, en cambio, de constatar el hecho de que en esa vocación de convertir el mundo en reflejo del propio hábitat y en un lugar ilimitadamente confortable para uno mismo y sus congéneres anida el germen de un imperialismo que está, eso sí, demasiado camuflado como para permitir que se reconozca su parecido con otros imperialismos que la historia ya ha condenado y que, por eso mismo, podría, tal vez, desenmascarar y echar por tierra. (Si es que, y eso tampoco está muy claro, es algo cierta la capacidad de la voluntad más extendida de una sociedad para escribir su propio futuro corrigiendo su presente; esto es, si verdaderamente la historia puede expresarse como una lección correctora para las acciones colectivas). Pero, más allá de esa precisión acerca de los efectos que pudiera tener el desvelamiento de la naturaleza del monstruo, ¿qué es lo que hace aún más grave esta particularidad del nuevo imperialismo norteamericano? Su combinación con una administración dispuesta a camuflar sus auténticos propósitos (de carácter eminentemente económico y estratégico) con la jerga biensoñante de la lucha por las libertades y capacitada para llevar a cabo ese camuflaje sin rendir cuentas por ello, como ha podido comprobarse recientemente en el episodio de la guerra contra Irak y como muestran numerosos conflictos bélicos y paramilitares dirigidos por los intereses norteamericanos en muy diversas zonas del globo desde la Segunda Guerra Mundial¹³.

En otras palabras, nos encontraríamos ante un imperialismo que realiza sus prácticas con o sin el apoyo de su sociedad civil pero que, puesto a recabar legitimidad para sus decisiones, consigue acudir sin mayores dificultades al peligro-

so discurso de la domesticación del salvaje; lo que, en el contexto actual, se traduciría en el discurso de la extensión de la democracia a aquellos lugares del planeta que estarían sufriendo las calamidades de un sistema político ajeno a las virtudes del sufragio universal y la separación de poderes. De hecho, lo hemos visto recientemente, se recurre a la denuncia contra las atrocidades cometidas por el anterior régimen iraquí (como meses antes se subrayaron las de los talibanes para justificar el ataque a Afganistán más allá de la persecución directa de Bin Laden como cabeza visible de Al Qaeda) y a la «alegría» de los iraquíes liberados¹⁴, para lograr el apoyo mayoritario de una población que quizá titubee cuando empiece a ser testigo de las consecuencias de una intervención militar no refrendada internacionalmente y manifiestamente ilegal¹⁵. No en vano, esa baza, la de la connivencia moral con el talante benefactor hacia la humanidad menos afortunada, está ganada de antemano y por eso resulta tan tentador, y en cierto modo tan sencillo, conseguir adhesiones a una causa ribeteada de bellos propósitos aunque exprese una temeraria prepotencia y oculte otros intereses difícilmente confesables.

Así las cosas es evidente que hay una preocupación neta por integrar en la autoconciencia norteamericana la guerra como un mal menor que permite defender el libre despliegue de los valores positivos de la civilización. Sólo mediante esa táctica moral puede llegar a aceptarse unánimemente (casi como valor cultural) que la «misión» bélica de Estados Unidos es un sacrificio para hacer el mundo (globalmente y para todos) un lugar más habitable y humano, generando, de paso, la impresión de que la cultura, antes que las armas y el poder, es decisiva en el ordenamiento civilizado del universo. Se trataría, sobre el papel y si escuchamos únicamente el discurso oficial

¹² Oriana FALLACI (2001) da una muestra involuntaria de cómo se expresaría un imperialismo que diera por supuesto y expresara sin tapujos la superioridad de su propia cultura frente a aquellas que reclaman su dignidad ante el todopoderoso Occidente ilustrado y moderno. Sin ningún rubor o asomo de duda sobre la idoneidad de comparar creaciones artísticas elevadas, para Fallaci los *Robaiyyat* de Omar Jayyam perderían abrumadoramente la partida frente a la *Divina Comedia* de Dante Alighieri. Esa cierta prepotencia sincera de Fallaci es respondida por TERZIANI (2002) desde una vertiente pacificadora más dispuesta a reconocer los valores incomparables de las diversas expresiones culturales de la humanidad.

¹³ Piénsese en Guatemala, Chile, Colombia, El Salvador, Nicaragua... o en la participación menos disimulada en el fortalecimiento militar de Israel que permite y propicia la política aplastante de éste contra el pueblo palestino.

¹⁴ Puede verse LAMO DE ESPINOSA (2004: 88-105), donde apunta numerosos datos estadísticos para refrendar la mejora de la situación del pueblo iraquí tras la caída de Sadam Hussein y la presencia de las tropas norteamericanas en su territorio.

¹⁵ Como es bien sabido, esa ilegalidad se derivaría de la negativa de la ONU a aceptar el supuesto de la legítima defensa esgrimido por Estados Unidos, que sería, según el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, el único supuesto que legitima a una nación para emprender acciones militares contra otra. Sobre el concepto de guerra preventiva puede verse DI BLASE (2003).

sin adentrarnos en otras realidades soterradas, de defender la libertad y la democracia como logros irrenunciables de la civilización occidental.

Bajo ese propósito que subraya los valores culturales y políticos como elementos decisivos del orden social, emerge la célebre y polémica tesis del choque de civilizaciones (Huntington 1993, 1996), reverdecida al albor de los atentados de Manhattan y Washington. A fin de cuentas, dicha tesis proclama la vigencia de una división del mundo arquetípica de carácter cultural y religioso (antes que económico) que únicamente podría frenar su orientación hacia el conflicto aprendiendo a conjugar el multiculturalismo, eso sí, desde la hegemonía del Occidente más moderno y desarrollado. Pero, en realidad, la lectura histórica que sostiene esa versión del ordenamiento mundial infravalora la función primordial del plano económico y de la fuerza militar (y ahí radicaría, precisamente, una importante fisura de la hipótesis de Huntington) para imponer las relaciones que *reconfiguran* el paisaje político y social del planeta. De hecho, por relevante para la pacificación que parezca el entendimiento intercultural entre las diversas concepciones del mundo que coexisten en cada momento histórico, ese entendimiento tiene que aparecer retratado en toda su impotencia (y casi podría decirse, en todo su cinismo) en cuanto la maquinaria económica de los países más ricos del planeta o la fuerza militar y policial incontestable de los Estados Unidos realiza cualquiera de sus movimientos. Por eso, aunque es importante advertir la dimensión simbólica del espíritu inconscientemente imperialista (y su reflejo en el esfuerzo por recabar legitimidad incluso para las acciones más villanas), a la hora de identificar el imperialismo de una determinada nación tienen que tener un mayor peso las circunstancias materiales que prueban y suscitan una política de dominio imperial. Otra cuestión es que, como es el caso, nos interesemos posteriormente y de manera principal por reflexionar

sobre el discurso que emana de la presencia dominante de un Estado decidido a controlar el conjunto del mundo (bien sea amablemente o, si fuese preciso, con un golpe de timón enérgico que tire por la borda al mayor número posible de disidentes/enemigos).

De este modo volvemos a los interrogantes acerca de la naturaleza imperialista de Estados Unidos en dos de sus dimensiones más determinantes, la económica y la militar. Desde luego, si hay algo absolutamente indiscutible en la especificación de las coordenadas políticas actuales eso es la superioridad abrumadora del ejército y la fuerza bélica estadounidense. Su potencial armamentístico y su capacidad virtual para intervenir en cualquier lugar de la tierra no tienen ningún rival que pueda seguirles el paso¹⁶. Más aún, tras el derrumbe del eje soviético, que durante décadas constituyó el contrapunto polarizador al desarrollo militar norteamericano, dibujando un neurótico equilibrio que, como señala Gore Vidal (2002: 71), traumatizó sin remedio a toda una generación y convirtió el planeta en un auténtico «polvorín» nuclear. Así, una vez despejado el horizonte y comprobado el cuerpo de paja del enemigo que animó la carrera hasta extremos insospechados, Estados Unidos se alza como vencedor absoluto, pese a lo cual, como bien sabemos, no ha dejado de correr, aumentando progresivamente su arsenal e ingeniando sin pausas significativas toda clase de artilugios militares que permitan pintar el simulacro de una guerra limpia (léase, misiles inteligentes, bombardeos de precisión, guerra de las galaxias, etc.)¹⁷. Algo que enlaza, obviamente, con el peso de una opinión pública que, al menos con anterioridad al 11-S, no se mostraba dispuesta a contemporizar con los efectos mortales de su poder cuando se expresa militarmente. En cualquier caso, la evidencia salta a la vista: con mayor o menor disimulo, el Imperio militar estadounidense se ha afianzado en primera fila (con aliados pero sin iguales) al servicio, como

¹⁶ Faltaría, de hecho, la fuerza capaz de frenar los impulsos imperiales norteamericanos que, en último término, únicamente dependerían de su autocontención. Europa, por ejemplo, al margen de su integración en la OTAN, carecería de un auténtico poder militar propio, pues la estructura westfaliana de sus ejércitos nacionales sería ineficaz para combatir en las nuevas formas de guerra (cfr. LAMO DE ESPINOSA 2004: 171-181).

¹⁷ Sobre la extendida idea de que puede controlarse con precisión milimétrica la trayectoria de los misiles habría mucho que discutir, pero aquí bastará con dejar en suspenso su veracidad, apuntando, además, que ya en la anterior Guerra del Golfo se presentó ante la opinión pública mundial la imagen engañosa de una guerra limpia y sin víctimas civiles, la «tecnoguerra». Vid. SONTAG (2003: 78-82). Igualmente pueden recordarse los engaños sistemáticos durante la Segunda Guerra Mundial acerca de la eficiencia de los bombardeos de precisión (cfr. Paul FUSSELL 1989: 25-30).

siempre ha ocurrido en la historia y cabe comprender, de sus intereses nacionales específicos dentro del espacio internacional. La singularidad histórica, en este contexto, la añade el intento de aparecer a los ojos del mundo y de la propia comunidad, como garantes de las libertades y de la justicia terrenal para el conjunto de «los hombres de buena voluntad».

Pero por lo demás también hay que señalar que la respuesta afirmativa a la pregunta sobre si Estados Unidos es un Imperio militar no significa, obviamente, que vaya a ganar cualquier guerra en la que se implique pues, como es más que sabido, y no faltan ejemplos en la historia que lo corroboren, el desarrollo de una contienda no está únicamente determinado por el número de tropas, su equipamiento y destreza y, sobre todo, la eficacia mortífera de sus armas. Hay otros factores, entre los que la desesperación o la convicción no son los menores, que impiden aplicar la fórmula «mejor ejército = victoria»¹⁸. Esta advertencia resulta aún más evidente en las circunstancias actuales¹⁹. No es necesario acudir a la experiencia de Corea o Vietnam para comprender las dimensiones inmanejables de una guerra entablada contra un enemigo escurridizo, fiero y entregado a su causa hasta la muerte. Basta detenerse a pensar en el impreciso grito: «guerra al terrorismo» para anticipar que la misma naturaleza de dicho enemigo impedirá la ejecución de una guerra convencional donde la arrolladora fuerza de un ejército puesto en marcha pueda conquistar el objetivo prefijado²⁰. Desaparece el campo de batalla y pierden eficiencia las acciones bélicas usuales en una guerra. De ahí también que, además de por razones de carácter geopolítico, la primera materialización de la «cruzada» de Estados Unidos contra el terrorismo tomara la forma inequívoca y más manejable y clásica de una guerra contra un país. La busca y captura de Osama Bin Laden y sus acólitos en alguna cueva de las inhóspitas montañas afganas era sólo la línea más visible de un guión que ocul-

taba otros argumentos, entre ellos, la carta abierta al propósito de reorganizar el mapa del Oriente Próximo o la evidencia empírica de la imposibilidad de movilizar la fuerza militar contra un enemigo transeúnte, apátrida y estratégicamente oculto en las mismas entrañas del sistema contra el que atentarán sin desalentarse²¹. El juego de prestidigitación ha dado desde luego sus frutos pero son unos frutos que ni mucho menos tienen que ver con el debilitamiento del terrorismo islámico, y sí con la reafirmación del Imperio militar estadounidense como principal actor político de la escena internacional.

Ahí, la dimensión política del carácter imperialista norteamericano asoma la cabeza sin timidez aunque con el susodicho disimulo. Para notararlo basta con pensar en la clave más determinante del imperialismo a la hora de articular el mundo en los dos niveles que materializan la realización del Imperio: el reconocimiento o no del derecho a la autodeterminación. Como es suficientemente sabido, el mismo concepto de autodeterminación aparece al albor de la lucha de las colonias por librarse de la tutela de la nación «protectora» y conquistar su propia soberanía. En principio, tras décadas y décadas de dominio de los grandes centros europeos sobre el resto de continentes (con las oportunas salvedades del mundo asiático), suele considerarse el final de la Segunda Guerra Mundial como el punto de inflexión para el desmantelamiento definitivo de los imperios coloniales iniciado de manera irreversible durante la Gran Guerra del catorce. Sin embargo, enseguida se advierte que hoy continúa habiendo, bajo la batuta ahora de Estados Unidos, numerosos territorios que carecen de una soberanía no tutelada y suficientemente autónoma como para que se pueda dar por zanjada la existencia del imperialismo.

En cualquier caso, y considerándolo en esa clave, no cabe duda de que la intervención de Estados Unidos en Irak, pero también en Afganistán y en otros múltiples escenarios conflictivos

¹⁸ Puede verse, en un tono que exalta el heroísmo militar y las virtudes del combate, PERRETT (1993, 1995).

¹⁹ Sobre los nuevos modos del uso de la violencia como arma política pueden consultarse KEANE (1996), IGNATIEFF (1998) o KALDOR (1999).

²⁰ Michael MOORE es, de nuevo, incisivo en este punto: «¿Cómo se puede declarar una guerra contra un sustantivo? Las guerras se declaran contra países, religiones y pueblos, no contra sustantivos y problemas, y siempre que el gobierno lo ha intentado [...] ha fracasado.» (MOORE 2003: 110).

²¹ Acerca de la singularidad del enemigo que se encarna como terrorista puede verse BAUDRILLARD y MORIN (2003) y BECK (2002).

(que incluyen dramáticamente la historia de los últimos cincuenta años de Latinoamérica), dibuja un mapa político donde el respeto a la soberanía ha sido letra muerta. De hecho, en todos esos episodios no han importado lo más mínimo ni la conquista formal del derecho a la autodeterminación de los pueblos ni el susodicho sello histórico a la política colonial. Los efectos prácticos de las decisiones tomadas por encima de la soberanía nacional (expresada en primer término en la inviolabilidad del territorio) remiten a una jerarquización que no deja considerar clausuradas las antiguas prácticas imperialistas y que, a la vez, justifica la acusación contra la omnipresencia estadounidense en el diseño del mundo actual, definido, así las cosas, según colabore cada gobierno nacional en la consolidación o desestabilización de un sistema que sitúa a la democracia norteamericana en cabeza, construyendo un gobierno unipolar de los destinos del planeta²². De ahí que pueda incluso decirse, con Carlos Moya, que, en efecto, Estados Unidos habría optado, contra todo y contra todos, por gobernar el mundo, cuando su rol político a escala internacional parecía destinarle exclusivamente (y esto casi sin discusión posible) a liderarlo (Moya 2004). Ahí se dilucida otra de las dimensiones donde toma forma el talante imperialista norteamericano: la que afirma a Estados Unidos, también, como un Imperio político.

Este hecho, que dictamina el actual desequilibrio de fuerzas en el orden internacional, resulta igualmente visible cuando se observa la penetración económica de los intereses estadounidenses (o más bien de los intereses de determinadas empresas estadounidenses) en esos territorios concretos que constituyen una fuente eficaz de riqueza, ya sea que hablemos de energías no renovables como petróleo o gas natural, o de mano de obra extraordinariamente barata que permite márgenes de beneficio empresarial impensables bajo las condiciones laborales legalizadas en la «metrópoli» (Galeano 1980). No en vano, la causa última que

explica la continuidad de la fórmula imperialista en una dimensión netamente política obedece, como ocurría también en la época más boyante de los Imperios ultramarinos, a un impulso económico. Los recursos materiales que inyecta en una economía nacional el control político de un determinado territorio resultan básicos para explicar la ambición expansiva de quienes detentan el mayor poder militar. Más, por supuesto, que los seculares intentos de cristianizar el mundo que, por lo demás, pese a su núcleo espiritual, también aparecían motivados por el apropiamiento de las riquezas de un «viejo nuevo mundo» (Galeano 1982), sin dueños capaces de explotar y gestionar sus propios recursos²³, y que a estas alturas, tal como ya se ha apuntado, podrían identificarse en la referencia a un programa de democratización del mundo.

Así las cosas, nuevamente emerge la naturaleza imperialista de Estados Unidos en la vertiente económica. En último término no importa que la economía estadounidense esté siendo relegada por otras potencias (el dragón asiático) que protagonizarán el futuro más inmediato y que llevan ya tiempo condicionando la marcha de la economía mundial, pues con independencia de la debilidad interna del sistema económico norteamericano (con su inexistente Estado de Bienestar, su escasa política asistencial o el aumento progresivo del desempleo como piezas estrellas del reverso de su riqueza nacional), sus grandes agentes económicos privados (léase, multinacionales) operan con igual grado de influencia que la que pudieron tener en tiempos las fortunas estatales. Si a la vez se comprende la enorme influencia política de esos poderosos agentes dentro de la administración estadounidense, la lectura que se puede sacar de la presencia norteamericana en el sistema económico mundial remite nuevamente al fastidioso, impopular y desprestigiado término: imperialismo.

La interpretación de sus últimas acciones bélicas en la clave de ese imperialismo económico (movido por intereses particulares de determina-

²² Puede verse el análisis en términos de polaridad y lateralidad del nuevo «orden» mundial en LAMO DE ESPINOSA (2004). Una perspectiva similar en la constatación del poderío estadounidense puede verse también en GLUCKSMANN (2003) o, en una clave más combativa, TODOROV (2003).

²³ Vid. GALEANO (1980), donde se aprecia el establecimiento de una lógica implacable de apropiamiento de los recursos naturales del Sur de América. Algo que, tal como argumenta Galeano, condiciona irreversiblemente el futuro de esa zona del continente, extraordinariamente fecunda frente a la mayor aridez del Norte, que es la que termina permitiendo, a raíz de que despierta menos apetito en los colonizadores, un desarrollo autóctono de la producción industrial, dirigida, eso sí, por los descendientes de los colonos ingleses y no por los indígenas.

das empresas estadounidenses que aprovechan el poderío militar de su nación para corregir las consecuencias de la inamovible ubicación geográfica de las más preciadas fuentes energéticas del planeta) permite encajar sin dificultad las piezas del puzzle geoestratégico²⁴. En el episodio que vienen protagonizando los marines, sobre todo desde que se decretó la invasión de Irak, se localiza una ambición económica no confesada que refuerza la importancia de desvelar las auténticas razones que se encuentran ocultas tras el discurso de la democratización mundial. Y ahí es de nuevo donde el interés por las palabras, e inmediatamente por las mentiras que enturbian la acción política en el seno de una democracia, extrae su mayor sustancia (*vid.* Sierra 2002). No es casualidad que la referencia al petróleo pulule (bien como sospecha lateral suspendida en el aire para no parecer ingenuos, bien como acusación directa de los opositores más críticos) por todos los análisis de la política exterior estadounidense²⁵. Y no puede ignorarse que la más que probable relación empírica entre ambas presta una prueba sólida a la identificación de Estados Unidos como Imperio.

En cuanto a la dimensión cultural de su carácter imperialista, que es quizá la menos relevante a la hora de reflexionar sobre el ordenamiento actual del mundo pero también la más aceptada por el sentido común, cabría indicar la estandarización de sus productos culturales como artículos que habrían uniformado buena parte de nuestras costumbres. ¿Es Estados Unidos un Imperio cultural?, era la pregunta. Y la respuesta parece llegar de la mano del reconocimiento de la extensión transfronteriza de buena parte de sus hábitos de ocio y de consumo. Aquello que, entre otros, los miembros de la Escuela de Frankfurt convirtieron en materia prioritaria de reflexión sociológica, esto es, la cultura de masas (Horkheimer y Adorno 1944 y 1947), resiste el paso de los años con una entereza que ni siquiera el propósito del multiculturalismo consigue debilitar. Hollywood, la Coca-cola, las hamburguesas, los best-seller... aparecen como elementos

del decorado que uniforman el mundo bajo la sombra de la seducción deslumbradora de la accesibilidad. Pero en realidad esa impregnación cultural que, ciertamente, puede aparecer como el efecto de un poderío que elimina las expresiones autóctonas auténticas, carece de importancia para reflexionar sobre el carácter singular de este nuevo imperialismo. Sobre todo porque la batalla para defender la peculiaridad cultural de cada pueblo se juega en otro terreno: predicando, como ya ocurre de modo generalizado, las virtudes del multiculturalismo. Algo que, por lo demás, no puede dejar de contar con la volubilidad de los contenidos culturales, ni con la globalización actual de un mundo que impide el aislamiento y la «pureza» cultural, si no es como pieza única de museo o singular reserva antropológica digna de algún documental. Evidentemente, tampoco es éste el lugar para discutir sobre los límites o el sentido de ese multiculturalismo convertido en referente simbólico de toda política democrática que se jacte de respetar los valores ajenos. Bastará con indicar esa realidad que permite identificar la presencia a escala planetaria de elementos y productos de la cultura norteamericana sin que haya necesariamente una reciprocidad en la conjugación de las diversas culturas. Lo que no significa, obviamente, que Estados Unidos esté cerrado a la influencia de culturas externas, como, por lo demás, y por seguir con los paralelismos, tampoco lo estaban en tiempos las metrópolis respecto de sus colonias. La diferencia estriba, como entonces, en el grado preciso de dicha capacidad de influencia y en las consecuencias sociales de esa interpenetración, mayores o menores según quien detente la fuerza política, económica y militar.

II. VOCES

Una vez precisados los elementos definitivos de la consideración usual de Estados Unidos como Imperio, adquiere su protagonismo definitivo la reflexión sobre los discursos que articu-

²⁴ Puede consultarse la fortaleza de esa política estratégica en el análisis histórico de BARNET (1972), donde comparece como clave de la política exterior norteamericana esa dimensión expansionista e imperialista del capitalismo que contempla el mundo con los ojos ávidos de fortuna.

²⁵ En relación a las políticas energéticas de los Estados Unidos, específicamente a raíz del 11-S, pueden consultarse NEGRI (2003) y RAGOZZINO (2003).

la precisamente en su calidad de Imperio. Como ya he apuntado, más allá de los trazos objetivos que permiten definir el carácter de una nación según su proyección exterior y las consecuencias materiales de sus acciones, a la hora de pensar sobre los significados de dicho carácter, resulta interesante detenerse en las expresiones que vuelca en sus declaraciones públicas. Eso sí, con especial cuidado cuando, como es el caso, uno de los rasgos específicos del nuevo imperialismo reside en la preocupación por disimular sus auténticas ambiciones. El hecho de que hoy en día, bajo la lección moral de la historia de los abusos civilizatorios, se condene sin excepción el imperialismo, unido a la condición democrática de la nación norteamericana (que es la protagonista de este penúltimo episodio imperialista), presta las condiciones más idóneas para convertir el discurso en el reflejo de un doble juego: las palabras ya no expresarían, como pretenden hacer creer, la voluntad que guía las acciones. Y ahí, la insistencia en la justicia y en el derecho a una guerra justa que promovería la instauración de un mundo más seguro, esto es, un mundo donde la democracia campara a sus anchas y donde las armas de destrucción masiva estuvieran exclusivamente en manos de Estados Unidos y de países no sospechosos de ir a emplearlas en actos terroristas (una categoría, por supuesto, fluctuante), se conjuga como un elemento fundamental de las actuaciones políticas aunque, en realidad, responda a una estrategia de perfiles similares al imperialismo que reconocía sin sonrojo ni asomo de duda su derecho a conquistar vidas y territorios en la lucha darwiniana por la supervivencia de los mejores.

LA PALABRA

Principalmente una: justicia. Porque, ¿de qué habla el Imperio cuando invoca la justicia? ¿De una justicia universal? ¿De una justicia a la que pudiera querer aspirar cualquier pueblo, sociedad, nación o individuo? ¿No será ésa, más bien,

la expresión de una prepotencia moral que la historia ya habría condenado pero que la actualidad se empeña en reeditar bajo la forma de un nuevo mandato: acabar con el terrorismo, que, como conviene al clima posterior al 11-S, es considerado casi unánimemente un fin justo que legitima cualquier medida dirigida a conseguirlo?

Ciertamente, después del ataque contra las Torres Gemelas y el Pentágono, sólo parecían poder escucharse palabras gigantescas. El dolor desmedido ante una tragedia que sacudió el ánimo de todo Occidente y de buena parte del mundo árabe, tradicionalmente antiamericano²⁶, alentaba la tentación de emitir mensajes contundentes que expresaran la impresión general y la determinación absoluta a favor de un futuro donde no cupieran acciones como la realizada por Al Qaeda en las mismas entrañas del gigante norteamericano. La nueva guerra que inauguraba el siglo XXI aparecía bajo la traza inequívoca de proporcionar a las generaciones venideras una seguridad que las presentes ya no podrán disfrutar, pues de éstas sería la larga tarea de erradicar el terrorismo²⁷. Para estos nuevos tiempos ya no cabe escapatoria posible: habría estallado la guerra y, ante la peculiar naturaleza del enemigo que retaba a la libertad y a la democracia representadas por los Estados Unidos, sólo cabía confiar en el prevailecimiento de la justicia que, como podía esperarse y ya se ha constatado, se localiza significativamente arrojando las estrategias militares de la administración norteamericana. La determinación moral del pueblo norteamericano y, en especial de sus dirigentes, no admitía medias tintas: «será un monumental combate del bien contra el mal, y el bien prevalecerá»²⁸.

Así, a nadie puede extrañarle que la expresión «Justicia Infinita» diera nombre a las operaciones militares en Afganistán, como después el de «Libertad duradera» sirvió para referir la guerra contra Irak. Con ello se buscaba designar una fuerza moral incontenible, impulsada, además, por un poder militar capaz de aplastar a cualquier enemigo, no ya de América, sino de la misma Jus-

²⁶ Baste recordar la imagen un tanto surrealista de Yasir Arafat donando sangre para los heridos en el atentado (*Documentos. El país*, 20 de septiembre de 2001, p. 62).

²⁷ El discurso oficial mantuvo desde el principio que sería una guerra prolongada aunque, oportunamente y como precisaba un público reacio a ver partir a sus soldados, las batallas puntuales que se desarrollarían, por ejemplo, en suelo afgano o iraquí, se presagiaban rápidas.

²⁸ Discurso de G.W. BUSH, el 12 de septiembre de 2001 (*El país*, 13 de septiembre de 2001, p. 2).

ticia que ésta representaría: «demostrar al mundo que Estados Unidos no será derrotado por nadie»²⁹. El poderío incontestable de la maquinaria bélica estadounidense —«aquellos que hacen la guerra contra Estados Unidos eligen su propia destrucción»³⁰— permitía mostrar al mundo las garras de la fiera herida que reacciona ante una agresión —«esta nación es feroz si la mueven a la furia»³¹— y que no está dispuesta a dejar a nadie sin castigo: «no distinguiremos entre los terroristas y quienes les protegen»³². Sin embargo, apropiadamente, el vocabulario que identifica más visiblemente su postura ante el mundo no es el de la venganza, sino el de la justicia. Una justicia que, a fin de cuentas, reviste de dignidad el indudable espíritu de represalia que alentó todas las manifestaciones oficiales acerca del enemigo al que se enfrentaban. Ese recurso simbólico de vincular violencia y justicia, subrayando el derecho a una respuesta a la altura del daño sufrido y con la expectativa de evitar futuros ataques, comparte, por lo demás, su lógica interna con la autoridad moral que suele reconocérseles a las víctimas, pese a la dificultad intrínseca de convertir los lamentos en argumentos y razones³³.

De hecho, no parece casualidad que la invasión de Afganistán, inmediatamente contemplada como respuesta legítima al ataque sufrido por Estados Unidos, lograra el apoyo incondicional de la práctica totalidad de los países, mientras que las operaciones contra Irak, más alejadas del impacto del 11-S, despertaran sonadas oposiciones y suspicacias, no sólo en la ciudadanía (especialmente la europea)³⁴, sino en potencias tan relevantes como Alemania o Francia, que han invitado a algunos a interpretar el presente bajo la amenaza de un cisma occidental³⁵, y de una crisis de gobernabilidad del mundo³⁶. El establecimiento de una rela-

ción directa entre el ataque de Al Qaeda y la respuesta estadounidense acudiendo a su arrolladora fuerza militar parecía ajustarse inicialmente a los requisitos de una legitimidad inmediata que permitió incluso que la invasión de Afganistán apareciera como una respuesta justa y que, de hecho, en general, fuera interpretada desde esa vertiente que subrayaba el respeto internacional a un derecho implícito a responder al terrorismo con medios violentos. (¿El «ojo por ojo, diente por diente» del Antiguo Testamento convenientemente maquillado?) En cualquier caso, pronto, en cuanto la atención estadounidense se dirigió a Sadam Hussein e Irak, con idéntico discurso acerca de la legítima defensa (ahora preventiva), apareció la suspicacia ante el verdadero sentido de las palabras. Y pudo percibirse la cualidad ideológica del mensaje moral que se apropia del término «justicia» y actúa con un doble rasero que oculta las propias injusticias y menosprecia el dolor y los derechos, por ejemplo, de los ciudadanos iraquíes.

Estados Unidos tiene la palabra. Pero también la fuerza para hacerla oír y respetar. Y si fuese preciso, para imponerla allá donde el mal se resista a ser aniquilado. Sobre esa cuestión no se admiten titubeos. Como tampoco, al parecer sobre la idoneidad de calificar el atentado de Al Qaeda en suelo estadounidense como una declaración de guerra en toda regla. La nueva situación mundial se define desde ahí como una situación de guerra abierta que, por lo demás, se dirimirá, con total probabilidad, en suelo extranjero. Bin Laden habló de una *yihad*, y la administración norteamericana aceptó la denominación que, en último término, convertía a un grupo terrorista en un agente político equivalente a un Estado nacional³⁷. Claro que, como cabía esperar en un ambiente de furia contenida y visible impotencia y descon-

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Discurso de G.W. BUSH, el 15 de septiembre de 2001 (*El correo*, 16 de septiembre de 2001, p. 40).

³¹ G.W. BUSH en el funeral por las víctimas del 11-S celebrado en Washington el 14 de septiembre (*Documentos. El país*, 20 de septiembre de 2001, pp. 84-85).

³² G.W. BUSH, mensaje a la nación el 11 de septiembre de 2001 (*Documentos. El país*, 20 de septiembre de 2001, p. 41).

³³ Sobre esta cuestión puede verse con especial provecho TODOROV (1995). De la traducción política del discurso de las víctimas, especialmente en el contexto vasco, me he ocupado con mayor detalle en «Los duelos de la memoria» (RODRÍGUEZ FOUZ, 2003: 203-248).

³⁴ Sobre la oposición española puede verse VVAA (2003).

³⁵ André GLUCKSMANN (2003) habla de una lucha en el interior del mundo occidental.

³⁶ LAMO DE ESPINOSA (2004: 120-125). También puede verse TODOROV (2003: 97-108).

³⁷ Contra la doctrina clásica que convertía al Estado-nación en la única entidad que podía declarar y entablar una guerra puede verse ROUSSEAU 1990: 18. Sobre la peligrosa atribución de una neta fuerza política al terrorismo, en este caso de nuevo en el contexto del conflicto vasco, he reflexionado en «Defender la paz» (RODRÍGUEZ FOUZ 2003: 261-280).

cierto, las sutilezas legales carecieron de cualquier espacio donde hubiesen podido germinar las cautelas para no hacer de la fuerza militar el principal argumento para la consecución de un mundo más justo, más libre y más seguro. Esos eran, en efecto, los objetivos diseñados para recuperar la confortabilidad de una América acongojada pero segura de sí que no estaba dispuesta a consentir que se pusiera en entredicho su primacía mundial. Una primacía que, por alcance y dada la esencia moral de sus principios, derivará en un planeta más habitable para el conjunto de la humanidad. La clave, en cualquier caso, dentro de esa lucha entablada para defender la democracia, la libertad y la justicia, la presta el triunfo de la impresión de haber entrado en guerra. A partir de ahí, los términos «justicia», «libertad» o «democracia», por insistir en los más reiterados en los discursos oficiales, adquieren un sentido que exige matices decisivos. Y que constatan, una vez más, que el dominio de la palabra también forma parte de los atributos del Imperio.

Desde luego, parece muy claro que el escenario actual sería esencialmente distinto si Estados Unidos no hubiera interpretado el atentado contra las Torres Gemelas y el Pentágono como un segundo Pearl Harbor, apresurándose a orquestar una respuesta militar que, en primera instancia, carecía de objetivos precisos. Sin embargo, la palabra surgió como única etiqueta posible: «guerra», «la guerra del siglo XXI» que conquistará para las generaciones venideras una libertad definitiva alentada por el sentido insobornable de la justicia que posee el pueblo americano. Ahí, el poder efectivo de las palabras que cuentan y envuelven las acciones atribuyéndoles el necesario sentido revela toda su importancia. Aunque queda en el aire la pregunta que permitiría establecer alguna jerarquía: ¿qué fue primero, el verbo o la acción? Sea como fuere, también aquí el Imperio vuelve a mostrar su esencia, tiene la palabra y tiene la fuerza para convertirla en la seña de identidad de sus acciones: «estamos realizando una guerra justa». El murmullo que se le opone, resumido en un «No en mi nombre» articulado desde numerosos frentes (Bimbi 2003), apenas puede minar la determinación imperial de

conquistar un futuro sin enemigos, ni reales ni virtuales. Y así, dos palabras han cobrado definitivamente el relieve que las convierte en protagonistas del presente: justicia y guerra, guerra y justicia. Conjugarlas como una sola no presenta mayores dificultades para la todopoderosa Norteamérica, que, además, por si fuera necesario, puede acudir a toda una doctrina legal (el *ius ad bellum*) que, convenientemente bien interpretada, presta argumentos incontestables para ir a la guerra con la conciencia limpia y hasta henchida de orgullo y dignidad.

LA FRASE

Pudiera ser: «Exterminad a todos los salvajes»³⁸. La frase que ceñía la impresión de Joseph Conrad (1902) sobre la empresa civilizadora en el Congo y que sintetiza la brutalidad de un Kurtz desquiciado entre los salvajes a los que ha sometido con su imponente presencia. Pudiera ser, pero no. No cabe imaginar que el nuevo imperialismo que representan los Estados Unidos se exprese con un lema tan ajustado a las disposiciones mecánicas del colonialismo europeo. Y, sin embargo, el objetivo es esencialmente el mismo. Se trata de remodelar esa orden inarticulada y consignarla como una lucha sin cuartel contra los terroristas que personificarían a los salvajes de esta nueva era, es decir, a los sujetos incapaces de convivir en una sociedad auténticamente humana. Obviamente, semejante desplazamiento semántico obliga a numerosas precisiones pero, con todo, permite ubicar el discurso en el campo preciso donde las acciones adquieren las trazas de su auténtica naturaleza. Al fin y al cabo, hablamos de las voces del Imperio y, ahí, la lectura de las expresiones que en su día dieron forma a la política expansionista europea presta valiosas pistas para analizar con cierta profundidad los nuevos modales de la vieja práctica imperialista.

Pero vayamos por partes: «Exterminad». Ésa es la orden que ya no puede lanzarse. ¿Cómo hablar de exterminio hoy en día? Un término que, a fin de cuentas, para todo el mundo occidental

³⁸ Puede verse el singular comentario de Sven LINDQVIST (1996) donde, apremiado por la dureza de la expresión de Conrad en *El corazón de las tinieblas*, muestra sus impresiones durante un viaje por el desierto africano, reflexionando sobre la relación entre el imperialismo y el exterminio.

remite al nazismo y a su organización eficiente del Holocausto³⁹, y, en menor medida, a la relación europea con los indígenas del Nuevo Mundo (Galeano 1982, 1984, 1986). Sin embargo, aunque no se dicte semejante sentencia, la práctica del Imperio poniendo en acción su poder militar restituye una dinámica que se dirige inequívocamente a un mensaje más contenido pero igualmente feroz: «muerte al terrorista». Si además esa sentencia se aplica, como de hecho estaría ocurriendo, sin valorar las consecuencias de los golpes de fuerza desmedidos y sin distinguir con suficiente precisión el objetivo material de los ataques (el nominal ya se conoce: Al Qaeda), las decisiones del Imperio estadounidense aparecerán con facilidad como una nueva versión del exterminio. (¿El exterminio humanitario?) Se trataría, en resumen, de hacer desaparecer de la faz de la tierra a cualquiera que imagine, prepare, aliente, financie, aplauda, proteja, posibilite o realice acciones terroristas. Ésa es, en efecto, la expresión más ajustada de ese imperativo que dictamina inequívocamente una orden de exterminio: la de los fumigadores que tratan de eliminar a las cucarachas.

Menos complicado o menos chocante es el otro elemento de la sentencia: «a todos los salvajes»; esto es, a quienes atemorizan al mundo Occidental con su fundamentalismo y su determinación terrorista. Una vez identificado el último reducto de salvajismo, la misión de los rectores del mundo está bien clara. El problema llega cuando se constata que la consigna para acabar con el terrorismo menosprecia los efectos «colaterales» de las acciones que promueve. En buena medida, los daños causados por el recurso a la guerra son indiferentes para la conciencia ética de quienes promueven la instauración de un orden más seguro donde no queden reductos que puedan refugiar a los potenciales terroristas de la nueva era⁴⁰. Ahí sí empieza a vislumbrarse que la lógica de ataque no es tan distinta a la que impulsaba el colonialismo agresivo de siglos pasados. A fin de cuentas, la eliminación del salvaje tampoco aparecía verbalizada como elemento definidor de la política empresarial que abrió las ve-

nas de África y de Sudamérica. Resultaba antes bien una consecuencia no intencional del buen propósito de habilitar una tierra inhóspita. Como el destrozo material y humano generado con las invasiones militares de Afganistán e Irak sería el efecto inevitable pero asumible de la lucha legítima contra el terrorismo. El hecho de que la persecución del terrorismo, que, por lo demás, no cabe discutirse (como sí cabría discutir, por ejemplo, las virtudes de la explotación industrial y forzada de un territorio ajeno), se haya materializado, de momento, en dos episodios bélicos, no dice desde luego mucho a favor de la capacidad de discriminación que habría que exigirle a una política realmente respetuosa con la vida y los derechos ajenos. Y testimonia, en cambio, acerca de los peligros de llevar a la práctica una reacción desmedida (o medida bajo criterios distintos al tan aireado de generar justicia) contra quien sea que pueda constituir una amenaza futura.

Bastaría una pregunta para incidir en la cuestión de si realmente se considera como iguales a los habitantes de la «periferia»: ¿Estados Unidos aplicaría esas medidas contundentes (hablamos de bombardeos, de despliegue de tropas, de batallas sangrientas..., en fin, de la guerra) dentro de su territorio? No en vano una de las características señeras del terrorismo internacional es su presencia en las mismas entrañas del sistema que atacará llegada la ocasión, con la consecuente dificultad para localizar con precisión a sus miembros y la perpetua certeza de que están entre nosotros. Evidentemente, la única respuesta posible es que no aplicaría tales medidas. Sin embargo, ¿por qué para Afganistán, Irak, e hipotéticamente, el tiempo lo dirá, Corea del Norte, o Irán, no funcionan esas lógicas cauteladas? Bien lo sabemos: porque, bajo ese doble rasero, el respeto global a la humanidad es un mero recurso retórico que permite, eso sí, engalanar la conciencia del que comete los mayores atropellos afirmando que, únicamente, es víctima de la necesidad de arreglar el mundo y de su posición privilegiada para comprometerse en dicho arreglo. A fin de cuentas, la erradicación del mal requiere cruentos esfuerzos que, increíblemente, los desdichados ira-

³⁹ Sobre la idoneidad del uso del término Holocausto puede verse AGAMBEN (1999: 28-31). La relación entre imperialismo y antisemitismo la establece en profundidad ARENDT (1951).

⁴⁰ La importancia que tiene luchar contra la indiferencia para constituir una ética menos susceptible de caer en el abuso (perrechándose en una resbaladiza moralidad) aparece sugestivamente reflejada en MARGALIT (2000).

quies rescatados de la tiranía no saben agradecer. Tampoco los salvajes conocían algo tan bello, tan humano y tan distinguido como la gratitud. ¿Qué puede hacer el gobernador de los destinos del mundo salvo lamentarlo y seguir sacrificándose en su admirable tarea?

En realidad, con anterioridad a este momento que funda la identificación inequívoca de los enemigos de la humanidad que serían los terroristas, ya se había ensayado, con resultados contundentes, el desglose de la especie humana en grupos inconciliables, que se legitimaban así para calcular y procurar los medios que permitieran eliminar al adversario. La Guerra Fría es un ejemplo eficaz como pocos de esa categorización que contribuye a la aceptación generalizada de la hipótesis de que podría ser necesario emplear una fuerza tremendamente destructiva (exterminadora) para garantizar la propia supervivencia. En ésas, el comunismo y los rojos representaban, a criterio del Imperio que ha sobrevivido como tal, esto es, al criterio de los Estados Unidos de América, el elemento peligroso e incivilizado que en su día representaron los salvajes africanos para los europeos que se adentraron en su continente. La referencia política añade sutilezas mayores a la división bastante tosca entre salvajes y civilizados, pero, en último término, la influencia de esa discriminación en las acciones que los enfrentan (o en el consentimiento de las mismas) es equivalente. De hecho, la designación de esos márgenes opuestos a la vida realmente digna únicamente reafirmó, a título simbólico, la clásica distinción entre nosotros y los otros que forma parte de la historia de la humanidad, sin que ni la Declaración Universal de los Derechos Humanos ni la aceptación de una naturaleza común compartida por toda la especie hayan conseguido eliminarla⁴¹. Con cierta frecuencia, la política, la religión o la cultura acaban promoviendo una jerarquía de valores que facilita la asunción de los costes de un enfrentamiento violento cuando lo que se pone en juego es la supervivencia de los valores propios, en el momento actual: las libertades y la democracia ante la ofensiva del fundamentalismo islámico. Aunque, como estamos viendo, algo ha cambiado y ya no puede decirse «bárbaro» o «salvaje» sin despertar la suspicacia

del humanismo comúnmente aceptado. Ahora, además, resulta menos complicado porque ¿quién defendería la humanidad del terrorista? (Quién defendería a los vecinos del terrorista de los enemigos de éste ya es otra cosa, incluso para el propio Imperio Norteamericano, pero, lamentablemente, forman parte de la ecuación que supuestamente puede permitir vencer al terrorismo, con lo que, en cualquier caso, aunque sea a costa de su humanidad, su sacrificio no será en vano).

La frase, así, es en realidad otra, mucho menos susceptible de herir la sensibilidad moral y humana del pueblo norteamericano y también (¿por qué renunciar a este extremo?) la de quienes podrían sufrir las consecuencias de ser vecinos de los salvajes dispuestos a morir matando por la victoria terrena del Islam sobre los herejes occidentales. «Guerra contra el terrorismo», ahí está contenido el mandato específico para escribir, una vez más, la historia de la humanidad con su fuste torcido (Berlin 1990). A fin de cuentas, no cabe menospreciar el dato preciso de que dicha guerra inició su andadura bajo la denominación, nada fortuita, y enseguida convenientemente retirada, de una «cruzada contra el eje del mal». Con todo lo que esa expresión proclama, defiende, rememora y anuncia.

EL DISCURSO

¿Qué discurso? El que convierte la guerra en la única decisión posible ante la amenaza envolvente del terrorismo y el que reclama, desde diversos frentes y una vez afirmadas las inevitables pautas bélicas del nuevo escenario, la legitimidad de las acciones militares, reseñadas como medios inesquivables para un propósito, por lo demás, contrastadamente justo. El discurso del Imperio templea su ira articulándose en términos de una pacificación prometida al final del proceloso camino que derrotará a los enemigos de las libertades y la democracia, quienes serían los actuales representantes del mal. Y ahí es donde conviene centrar la atención para advertir el auténtico sentido de las coordenadas políticas de nuestra complicada actualidad.

⁴¹ Sobre esa esencial división, y su presencia en el pensamiento francés, puede verse el estudio de TODOROV (1989).

Como estamos viendo, el desafío moral y formal que a estas alturas de la historia supone el recurso a la guerra suscita un esfuerzo inequívoco para tratar de justificar (y de que se acepte como parte inevitable de un objetivo elevado) el empleo de la violencia contra otro pueblo u otra nación. Son demasiado numerosos los testimonios dramáticos que presta el pasado, tanto el más remoto como, sobre todo, el siglo recién concluido (*vid.* Glover 1999), como para que la humanidad termine dando el carpetazo definitivo al manoseado sueño de acabar con la guerra constituyendo una paz perpetua⁴². Sin embargo, ese objetivo, que ninguna democracia parece discutir, se ha conformado con la domesticación legal de las razones que permiten entablar una guerra. Así, la doctrina de la guerra justa⁴³, con todas sus cautelas y su característico sentido de la realidad que evita caer en la ingenuidad de contar con el mejor de los mundos posibles como referencia fundamental, y remite, en cambio, a la saturación empírica de ejemplos que justifican el empleo de las armas⁴⁴, ha determinado los límites del discurso pacifista prefigurando un horizonte político donde el respeto a las reglas de juego es la condición para una convivencia pacífica y la resistencia a las mismas es el detonante del enfrentamiento bélico sancionado, en principio, por la comunidad internacional.

En esa legalización de la guerra la figura básica es, como sabemos, la legítima defensa. Sólo como respuesta a una agresión puede entablar una guerra que aspire a contar con el respaldo de las leyes internacionales⁴⁵. Cualquier otra circunstancia que lleve al enfrentamiento militar será considerada ilegal. Y eso es, precisamente, lo que ha ocurrido con la invasión de Irak y lo que hace tan pertinente el análisis del discurso de la administración estadounidense tratando de convertir su guerra contra Sadam Hus-

sein en una respuesta defensiva (manejando un nuevo concepto de defensa: el ataque preventivo). La invasión de Afganistán, por su parte, no resulta tan idónea para reflexionar en esta dirección porque, pese a que, en efecto, tampoco puede considerarse que Afganistán agredió a Estados Unidos, su negativa a entregar a Osama Bin Laden se interpretó como un desafío que hacía partícipe del ataque al gobierno talibán. De hecho, como ya he apuntado, la comunidad internacional, sacudida aún por la conmoción del 11-S, dio su apoyo casi unánime a la intervención militar. Con todo, es claro que también aquí influyeron otros factores que no son irrelevantes pero que permanecieron y permanecen en segundo plano, muy lejos del discurso oficial.

Ése es el contexto preciso donde, con independencia de que las acciones militares llevaran su propio curso, la expresión del imperialismo estadounidense ha mostrado su mayor prepotencia y su máxima disposición para dirimir unilateralmente el futuro, en este caso, el futuro de una zona muy preciada por la administración republicana del patriarca *Bush I*⁴⁶, quien, significativamente, ya operó en el Golfo durante su legislatura (aunque pudo contar entonces con una coartada menos fantasmagórica que la que vinculó a Sadam Hussein con Al Qaeda: la invasión iraquí de Kuwait). Al margen de que, como ha ocurrido y ya anunció *Bush II*⁴⁷, la invasión de Irak se llevaría a cabo incluso contra las recomendaciones de la ONU, los argumentos esgrimidos para justificar esa invasión expresan una preocupación por la consistencia moral de unos actos que, medidos objetivamente y ceñidos a sus efectos más inmediatos (muerte y destrucción), sólo pueden condenarse, pero que, en cuanto empiezan a calibrarse en perspectiva (caída de Sadam Hussein, dismantelamiento de la amenaza terrorista que habría supuesto a ojos de la atemorizada pobla-

⁴² Puede verse, entre otros, HOWARD (2000), KELSEN (1972), SCHELER (1927) BOBBIO (1979) y, por supuesto, como referente histórico ineludible del concepto de paz perpetua, KANT (1795).

⁴³ *Vid.* RUIZ MIGUEL (1988), WALZER (1977) y RIGAUX (2003).

⁴⁴ *Vid.*, sobre todo, WALZER (1977).

⁴⁵ Sobre el fracasado intento del pacifismo radical, apadrinado por John Dewey, de deslegalizar la guerra al final de la primera contienda mundial puede consultarse CATALÁN (1997). De esta cuestión me he ocupado con mayor detenimiento en RODRÍGUEZ FOUZ (2004).

⁴⁶ Gore VIDAL utiliza el apelativo «Bush del Golfo Pérsico» (VIDAL 2002: 45). Un tratamiento en clave de ficción de la Primera Guerra del Golfo, lo presta HUDSON (2002).

⁴⁷ En este caso, Gore VIDAL (*ibid.*) escribe «Bush de Afganistán» que querría convertirse en «de Irak-Babilonia». Michael MOORE (2003) acude a otra imagen que remite al célebre personaje histórico de *Los siete pilares de la sabiduría*, Lawrence de Arabia, y apela a «George de Arabia» para que responda a sus preguntas.

ción estadounidense, democratización de Irak...), pueden permitir incluso el orgullo de haberse sacrificado en una guerra a favor del sojuzgado pueblo iraquí. Ahí puede verse sin problemas cómo surge con toda su dignidad (y todo su peligro) la lección histórica de la Alemania hitleriana, que «aprovechó» el respeto internacional a la soberanía para perpetrar el Holocausto en el interior de sus fronteras ante la indiferencia del mundo. La recurrente alusión a este nefasto periodo como prueba de la necesidad de acudir a la guerra en casos extremos forma parte del discurso de la guerra justa desde el final de la Segunda Guerra Mundial y, cómo no, ha vuelto a suscitarse a raíz de los abusos que cometió Sadam Hussein contra su pueblo⁴⁸.

La estrategia semántica ha sido bien clara desde el principio, aunque quizá sea ahora cuando se están haciendo más visibles los indicios de su pervisión; esto es, los indicios de que el gobierno estadounidense mintió para lograr el apoyo incondicional de su ciudadanía y la aquiescencia (no vital pero preferible) de las Naciones Unidas en su despliegue táctico. Con todo, tampoco habría que olvidar que, de haber sido ciertos los datos esgrimidos antes de la invasión de Irak (la posesión iraquí de armas químicas, biológicas y nucleares y la relación entre la dictadura de Sadam Hussein y la organización terrorista Al Qaeda), la legitimidad de una intervención armada podría igualmente haberse discutido⁴⁹. Sin embargo, la importancia del discurso que se asentaba sobre esos dos pilares no radica en su potencial justificativo, sino en que testimonia sobre una persecución formal y moral de legitimidad que resulta novedosa en la lógica imperialista. Con su movimiento de fondo, esencialmente dirigido a la opinión pública de la democracia estadounidense, no es nada extraña la facilidad con la que, una vez que se ha desvelado la indignancia del ejército iraquí, los argumentos han ido deslizándose hacia la constatación de las miserias morales del régimen anterior y su aplastamiento sis-

temático de los derechos humanos, tratando con ello de convertir en una intervención humanitaria la que se presentara inicialmente como una acción defensiva. Bajo esa remodelación del discurso gubernativo pero también del de los media, la democratización del pueblo iraquí (decretada por encima del respeto a la soberanía, que constituye, por lo demás y desde que el Estado nación se consolidó como la unidad mínima de las relaciones internacionales, la garantía formal de la inviolabilidad del territorio y la expresión mundialmente aceptada de la autonomía) aparece como la causa para una guerra que, a fin de cuentas, sólo sería el primer peldaño del proceloso camino hacia la derrota del mal, que ahora se escribe como un terrorismo que puede anidar y hacerse fuerte en cualquier lugar del planeta, principalmente (¿casualidad?) en los enclaves donde el grifo del petróleo o del gas natural guardan un mayor caudal inaccesible a las manos norteamericanas.

Así las cosas, ¿cuál es la seña de identidad del discurso del Imperio que representan actualmente los Estados Unidos? La búsqueda de principios morales que revistan las acciones del admirable propósito de rehabilitar el mundo. La misión civilizadora que dirigió otros Imperios toma ahora la forma de una acción correctora sobre determinados escenarios, aquellos que no responden al perfil que tranquiliza las inquietudes del poder mundial norteamericano y que aparecen reseñados, no obstante y oportunamente, como los semilleros del mal absoluto. El lema de la guerra contra el terrorismo que encabeza como titular estrella el discurso belicista posterior al 11-S presta la coartada perfecta para ocultar objetivos menos indiscutibles y más directamente reseñables como frutos de una política imperialista. No puede olvidarse que, antes incluso de que alguna prueba hablara a favor de la hipótesis del potencial armamentístico de Sadam Hussein, Irak tenía todas las papeletas para convertirse en una etapa del camino. El fantasma de los aviones sobrevolando la isla de Manhattan y el cielo de

⁴⁸ Sobre las consecuencias de esa lección histórica a la hora de justificar el recurso a la guerra he reflexionado con mayor profundidad en RODRÍGUEZ FOUZ (2004).

⁴⁹ No es casual que en estas fechas se haya recordado con insistencia el error de la administración norteamericana anterior (gobernada por Bill Clinton) al bombardear en Sudán una fábrica de medicamentos identificada como un laboratorio de armas biológicas. Como cabía esperar, las consecuencias sociales de la destrucción de esa industria vital para la economía y la salud de aquella zona, no bastan para discutir una política preventiva esencialmente especulativa como la que ha protagonizado el episodio iraquí. Algo natural teniendo en cuenta que, en este último caso, los argumentos recubrían en realidad una decisión anterior y no eran anteriores a la decisión.

Washington dibujó enseguida una sombra amenazante sobre países como Pakistán, Afganistán, Irán, Corea del Norte y, por supuesto, Irak, dejando a un lado, por ejemplo, Arabia Saudí, pese a sus notables vínculos con Osama Bin Laden y su régimen manifiestamente despótico hacia la población. Lamentablemente, dicha sombra también cubrió el ánimo de la ciudadanía estadounidense cerrando, por el miedo ante las increíbles dimensiones de esa nueva amenaza, cualquier resquicio por donde pudiera empezar a vislumbrarse que la lucha contra el terror no puede ser una carta blanca para acrecentar las dimensiones del Imperio mientras se afirma estar clausurando las fuentes del mal más abominable: aquel que se fortalece con el miedo de la sociedad civil y la ejecución de una violencia indiscriminada que le sirve de herramienta (ésa podría ser una definición ajustada del terrorismo).

En el discurso que sustituye, casi sin sobresaltos, el desmantelamiento de los arsenales de destrucción masiva del régimen de Sadam Hussein por la instauración de una democracia justa y respetuosa con los derechos humanos de los iraquíes como objetivo de la acción militar se percibe una intención inequívoca: corregir la impresión de haber actuado caprichosamente o, quizá mejor, de haber perseguido otros intereses que desvelarían la auténtica naturaleza imperialista del poder norteamericano. Y ahí no importa que la injerencia humanitaria no esté recogida en la Carta de las Naciones Unidas (en el susodicho artículo 51) como motivo para convertir en legal una guerra⁵⁰, pues, como sabemos, el valor simbólico de liberar a todo un pueblo no necesita descansar en el respeto a la legislación sino en principios morales de rango superior que requieren incluso, llegado el caso, la osadía de atreverse a ir contra las leyes⁵¹. En cierta medida, para comprender las pautas de ese salto retórico hacia las virtudes de la intervención armada, podría acudir a la lógica del capitalismo triunfante (expresada desde hace décadas en un neocolonialismo de rasgos supuestamente positivos), pues

presenta una visible similitud en la coartada moral que le sirve de excusa para actuar como lo hace con independencia de sus consecuencias colaterales. Esa misma lógica es de hecho muy similar a la que funciona en la reafirmación del sentimiento de haber actuado correctamente y por el bien del conjunto de la humanidad al emplear la fuerza bélica, sufriendo, eso sí, los costes inevitables de toda intervención activa en el mundo (en el de los hombres y en el de la naturaleza como, en efecto, bien ha aprendido a reconocer la economía capitalista)⁵².

Pese al paso de los años y a su referencia directa al imperialismo económico, las palabras que escribiera Eduardo Galeano hace más de tres décadas pueden ajustarse al mensaje explícito de la democratización que dice haber ganado Estados Unidos para Irak: «No faltan políticos y tecnócratas dispuestos a demostrar que la invasión del capital extranjero «industrializador» beneficia las áreas donde irrumpe. A diferencia del antiguo, este imperialismo de nuevo signo implicaría una acción en verdad civilizadora, una bendición para los países dominados, de modo que por primera vez la letra de las declaraciones de amor de la potencia dominante de turno coincidiría con sus intenciones reales. Ya las consecuencias culpables no necesitarían coartadas, puesto que no serían culpables: el imperialismo actual irradiaría tecnología y progreso [«libertades y democracia»], y hasta resultaría de mal gusto utilizar esta vieja y odiosa palabra para definirlo» (Galeano 1980: 341). ¿Hay que añadir algo más? Quizá, para reforzar el vínculo ya señalado entre el imperialismo político y el interés económico, pueda ser oportuno recordar la amenaza de Estados Unidos a Francia y Alemania (opuestas públicamente a la invasión de Irak) de no participar en la reconstrucción del país una vez concluida la guerra, o lo que es lo mismo, de no participar de la inmensa oportunidad para la industria que ofrece un territorio devastado que atesora enormes bolsas de petróleo en sus entrañas. La conexión entre esa necesidad prevista de inyectar capital extranjero en

⁵⁰ Emilio LAMO DE ESPINOSA (2004) aboga, justamente, por que se incluya el supuesto de la violación grave de los derechos humanos en las condiciones que legalizan el uso de la fuerza en las relaciones internacionales.

⁵¹ André GLUCKSMANN (2003: 134) remite a la apropiada imagen del vaquero que se ve enfrentado, igual que Orestes en *La Orestíada* de Esquilo, a la necesidad de actuar fuera de las leyes para que la ley llegue.

⁵² Puede verse, entre otros muchos textos dedicados a las consecuencias negativas del capitalismo feroz, GIDDENS y HUTTON (2000).

tierra iraquí (apoyados por un gobierno no hostil) y la aplicación política de una lógica capitalista de persecución del máximo beneficio económico para el inversor/invasor testifica, una vez más, sobre el talante imperialista de los Estados Unidos. Un talante que, además, viene reforzado por su incontestable poder militar. Eso sí, disimulado en numerosas ocasiones, como conviene al ánimo civilizador del neocolonialismo, y sancionado positivamente por las propias estructuras del actual sistema económico mundial⁵³, que, no en vano, está dominado como es más que sabido por las decisiones del llamado G-7.

En cualquier caso, la invasión de Irak mostró una fisura en la práctica habitual de un imperialismo económico que tiene sus propias reglas y que, al parecer, ha podido encontrar en el ataque del 11-S la fórmula infalible para aplicar sin paliativos ni la menor cautela los programas más ambiciosos de su política expansiva⁵⁴. Si cualquier medida de choque contra un país extranjero consigue justificarse como una batalla dentro de la guerra contra el terrorismo (y parece que en determinados escenarios no resulta complicado establecer esas razones de peso para intervenir unilateralmente), si, además, la comunidad internacional carece de capacidad para frenar esos impulsos aunque sospeche que obedecen a otra clase de intereses, es muy evidente que el nuevo orden/desorden mundial depende esencialmente de la voluntad norteamericana, por más que la impresión de dominio quiera conjugarse en términos de multilateralidad y la propia administración estadounidense se presente como un sujeto dialogante y cargado de buenas intenciones.

En el fondo, ante ese estado de cosas, las energías empleadas en perseguir la legitimidad dentro de la legalidad serán un desperdicio que, como en cierto modo ocurre, únicamente figuran como retórica. Una retórica que, por lo demás, es la que establece las expectativas morales de nuestra época, ya sea que se articulen desde el cinismo ya desde la ingenuidad intolerable del benefactor que desconoce las consecuencias de sus privilegios. La sustitución casi imperceptible del discurso que se emite reaccionando vengativamente contra los terroristas de Al Qaeda, por el discurso que reza a favor de una misión policial

que desactivará la fuerza de ataque iraquí (su supuesto arsenal químico y biológico susceptible de prestarse al fundamentalismo islámico) y, finalmente, por el discurso que ensalza la derrota de un tirano sin escrúpulos humanitarios y la instauración de una democracia, responde a un mismo objetivo que comparten, no en vano, tanto quienes creen sinceramente en las virtudes de la misión salvífica de su grandiosa nación como quienes enturbian la realidad calculando un escenario que será más idóneo para sus intereses; esto es: la perpetuación de un modelo político, social y económico que les es, curiosamente y no por casualidad, propicio.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio (1999): *Lo que queda de Auschwitz*, Valencia, Pre-Textos, 2000.
- ARENDT, Hannah (1951): *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1974.
- AUST, Stefan y Schnibben, Cordt (eds.) (2002): *11 de septiembre. Historia de un ataque terrorista*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2002.
- BARNET, Richard J. (1972): *Guerra perpetua*, México, FCE, 1974.
- BAUDRILLARD, Jean y Morin, Edgar (2003): *La violencia en el mundo*, Barcelona, Paidós, 2004.
- BECK, Ulrich (1986): *La sociedad de riesgo*, Barcelona, Paidós, 1998.
- BECK, Ulrich (2002) *Sobre el terrorismo y la guerra*, Barcelona, Paidós, 2003.
- BERLIN, Isaiah (1990): *El fuste torcido de la humanidad*, Barcelona, Península, 2002.
- BIMBI, Linda (comp.) (2003): *No en mi nombre. Guerra y Derecho*, Madrid, Trotta, 2003.
- BOBBIO, Norberto (1979): *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Barcelona, Gedisa, 1981.
- CASAS, Bartolomé de las (1542): *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Madrid, Tecnos, 1998 (1.ª ed. 1992).
- CATALÁN, Miguel (1997): *Proceso a la guerra*, Edicions Alfons Valencia, El Magnánim.
- CHOMSKY, Noam (2001): *11/09/2001*, Barcelona, RBA.
- CHOMSKY, Noam (2003): *Poder y terror. Reflexiones posteriores al 11/09/2001*, Barcelona, RBA.
- CONRAD, Joseph (1902): *El corazón de las tinieblas*, Barcelona, Mondadori, 2003.

⁵³ Puede verse el provocador ensayo de Susan GEORGE (1999) *Informe Lugano*.

⁵⁴ Puede verse, entre otros, KLARE (2003).

- CONSTANT, Benjamín (1814): *Del espíritu de conquista*, Madrid, Tecnos, 1988.
- DI BLASE, Antonietta (2003): «Guerra al terrorismo y guerra preventiva en el derecho internacional», en Linda Bimbi (comp.) *No en mi nombre. Guerra y Derecho*, Madrid, Trotta, 2003, pp. 125-146.
- FALLACI, Oriana (2001) *La rabia y el orgullo*, La esfera de los libros, Madrid, 2002.
- FUSSELL, Paul (1989): *Tiempo de guerra. Conciencia y engaño en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Turner, 2003.
- GALEANO, Eduardo (1980): *Las venas abiertas de América Latina*, Madrid, Siglo XXI, 2002 (1.ª ed. 1971, aumentada 1979, revisada 1980).
- GALEANO, Eduardo (1982): *Memoria del fuego 1. Los nacimientos*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- GALEANO, Eduardo (1984): *Memoria del fuego 2. Las caras y las máscaras*, Madrid, Siglo XXI, 2003.
- GALEANO, Eduardo (1986): *Memoria del fuego 3. El siglo del viento*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- GEORGE, Susan (1999): *Informe Lugano*, Barcelona, Icaria, 2003.
- GIDDENS, Anthony y HUTTON, Will (eds.) (2000): *En el límite. La vida en el capitalismo global*, Barcelona, Tusquets, 2001.
- GLOVER, Jonathan (1999): *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2001.
- GLUCKSMANN, André (2002): *Dostoievski en Manhattan*, Madrid, Taurus, 2002.
- GLUCKSMANN, André (2003): *Occidente contra Occidente*, Madrid, Taurus, 2004.
- HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor W. (1944 y 1947): «La industria cultural. Ilustración como engaño de masas», en *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 1994, pp. 165-212.
- HOWARD, Michael (2000): *La invención de la paz. Reflexiones sobre la guerra y el orden internacional*, Salvat, 2001.
- HUDSON, Gabe (2002): *Estimado Sr. Bush*, Barcelona, Planeta, 2003.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1993): *¿Choque de civilizaciones?*, Madrid, Tecnos, 2002.
- Huntington, Samuel P. (1996) *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 2001 (1.ª ed. 1997).
- IGNATIEFF, Michel (1998): *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*, Madrid, Taurus, 1999.
- KALDOR, Mary (1999): *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets, 2001.
- KANT, Immanuel (1795): *Hacia la paz perpetua*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- KEANE, John (1996): *Reflexiones sobre la violencia*, Madrid, Alianza, 2000.
- KELSEN, Hans (1972): *La paz por medio del Derecho*, Madrid, Trotta, 2003 [e.o. 1944].
- KLARE, Michael (2003): «Los verdaderos planes de George W. Bush», en Linda Bimbi (comp.) *No en mi nombre. Guerra y Derecho*, Madrid, Trotta, 2003, pp. 63-72.
- LAMO DE ESPINOSA, Emilio (2004): *Bajo puertas de fuego. El nuevo desorden internacional*, Madrid, Taurus.
- LINDQVIST, Sven (1992): «*Exterminad a todos los salvajes*», Madrid, Turner, 2004.
- MAILER, Norman (2003): *¿Por qué estamos en guerra?*, Barcelona, Anagrama, 2003.
- MARGALIT, Avishai (2000): *Ética del recuerdo*, Barcelona, Herder, 2002.
- MOORE, Michael (2001): *Estúpidos hombres blancos*, Barcelona, Ediciones B, 2003.
- MOORE, Michael (2003): *¿Qué han hecho con mi país, tío?*, Barcelona, Ediciones B, 2004.
- MOYA, Carlos (2004): «Del 11 de setiembre de 2001 al 11 de marzo de 2004. Reflexiones sobre imperialismo, terrorismo y democracia» (*pro manuscrito*), presentado en el *V Encuentro de Teoría Sociológica* (Valencia, 10-12 de junio de 2004).
- NEGRI, Alberto (2003): «Armas y petróleo: política de poder y guerra por la energía», en Linda Bimbi (comp.) *No en mi nombre. Guerra y Derecho*, Madrid, Trotta, 2003, pp. 49-54.
- PERRETT, Bryan (1993): *Cueste lo que cueste. Once victorias imposibles*, Barcelona, Salvat, 2001.
- PERRETT, Bryan (1995): *Contra todo pronóstico. Trece combates desesperados*, Barcelona, Salvat, 2001.
- RAGOZZINO, Guglielmo (2003): «La industria del petróleo y el mundo político republicano», en Linda Bimbi (comp.) *No en mi nombre. Guerra y Derecho*, Madrid, Trotta, 2003, pp. 55-59.
- RICOEUR, Paul (1986): *Ideología y utopía*, Barcelona, Gedisa, 1989.
- RIGAUX, François (2003): «La doctrina de la guerra justa», en Linda Bimbi (comp.) *No en mi nombre. Guerra y Derecho*, Madrid, Trotta, 2003, pp. 91-123.
- RODRÍGUEZ FOUZ, Marta (2003): *Pasiones discursivas. Desafíos de la reflexión sociológica*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra.
- RODRÍGUEZ FOUZ, Marta (2004): «El desafío de la guerra. Democracia y violencia en la afirmación del orden mundial» (presentado en el *V Encuentro de Teoría Sociológica*).
- ROUSSEAU, Jean-Jacques (1762): *Del contrato social*, Madrid, Alianza, [1890].
- RUIZ MIGUEL, Alfonso (1988): *La justicia de la guerra y de la paz*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

- SCHELER, Max (1927): *La idea de la paz perpetua y el pacifismo*, Barcelona, Alba, 2000.
- SIERRA CABALLERO, Francisco (2002): *Los profesionales del silencio. La información y la guerra en la doctrina de los EEUU*, Hondarribia, Hiru.
- SONTAG, Susan (2003): *Ante el dolor de los demás*, Madrid, Alfaguara, 2003.
- TERZIANI, Tiziano (2002): *Cartas contra la guerra*, Barcelona, RBA.
- TODOROV, Tzvetan (1989): *Nosotros y los otros*, Madrid, Siglo XXI, 1991.
- TODOROV, Tzvetan (1995): *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.
- TODOROV, Tzvetan (2000): *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Barcelona, Península, 2002.
- TODOROV, Tzvetan (2003): *El nuevo desorden mundial. Reflexiones de un europeo*, Barcelona, Península, 2003.
- VIDAL, Gore (2002): *Soñando la guerra*, Barcelona, Anagrama, 2003.
- VITORIA, Francisco de (1539): *Reflexiones sobre los indios y el derecho de guerra*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975 (1.ª ed. 1946).
- VVAA. (2002): *El mundo después del 11 de setiembre de 2001*, Barcelona, Península.
- VVAA. (2003): *No a la guerra*, Madrid, Confederación Sindical de Comisiones Obreras y Unión General de Trabajadores.
- WALZER, Michael (1977): *Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos*, Barcelona, Paidós, 2001.